

## LA GUERRA CARLISTA

---

—¡Hace la guerra como un bandolero!

—¡Como debe hacerse la guerra! ¡Como debe hacerse la guerra!

Y gritaba Don Diego Elizondo:

—El Cura está de acuerdo con los guiris.  
¡Pero no han contado con Miquelo Egoscué, ni con Don Pedro Mendía, ni con el Manco, ni con el Sangrador!...



## XI

Miquelo Egoscué capitaneaba una tropa de cien boinas rojas, gente valerosa y sufrida. Aquellos mutilados parecían hermanos, hijos de algún viejo patriarca que todavía repartiese justicia bajo el roble de Astigar. Miquelo Egoscué se juntó con ellos en la cueva del monte, donde tenían su cuartel: Hizo matar las siete cabras que llevaba el pastor, y mientras se asaban para el banquete, en la gran hoguera de urces, enteró á sus mutilados de la carta del Cura.

## LA GUERRA CARLISTA

—Yo voy allá con los que quieran seguirme.

El segundo de la partida respondió por todos:

—Está bien.

Era un viejo molinero de Arguiña. El capitán continuó:

—Lo primero es ir... Luego veremos... ¿Conformes?

—Conformes, mi capitán.

Y en la oscuridad del roquedo, la voz de todos se juntó en un són oscuro, y despertó el eco que habia repetido el rugir de los leones milenarios. La figura del pastor se alzó entre el humo de la hoguera:

—Amo Miquelo, bajo á la rectoral por la yegua del Rector. No vayas tú á pie. Si te hemos de ver, tienes que ponerte más alto.

Se agachó para meter en el morral las siete esquilas ensangrentadas, y escapó gritando:

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Para no tardarme saldré al camino con la yegua.

—Pues espera en la venta del camino de Francia.

El molinero de Arguiña, que estaba tendido cerca de la hoguera, se incorporó lentamente, poniéndose la boina:

—No me fio mucho, Miquelo.

Interrumpió el otro con fiereza:

—¿De quién no fias?

—Del Cura... ¿Pues de quién?

—Yo tampoco me fio. Por tanto, quiero saberle la intención.

—Hoy mismo nos contó un veredero que habia desobedecido órdenes del Rey Don Carlos.

Murmuró un mozo volviendo en la hoguera el cuarto de una cabra:

## LA GUERRA CARLISTA

—¡Quiere ser solo! Otro tiempo anduve en su compañía, y bien lo conozco.

El molinero estuvo conforme. Más lejos se alzó una voz:

—Juanco, el veredero, cuenta que ha sido recibiendo la orden, y leerla en presencia de su gente, y romperla y tirar los pedazos con una gran risa...

Venía la voz del otro lado de la hoguera, donde tiritaba un mozo enfermo que mostraba el demacrado perfil, incorporándose sobre el poncho, convertido en cabezal. Se alzó más lejos otra voz que la oquedad de la cueva hacía resonante y profunda:

—¡Estaría yo en las filas! ¡Dios, que allí lo vuelco con una bala en la cabeza!

Y entre el tumulto dorado de las llamas se destacó la figura de un hombre, con el torso

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

desnudo y los brazos ensangrentados hasta el codo, que desollaba una cabra, atada por la cuerna á un saliente de la roca. Y las voces se encadenaban como los ecos:

—¿Se sabe que la orden era del Rey Don Carlos?

—¡Es la palabra de Juanco!

—La orden no era del Rey. Era del general Lizárraga.

—Santa Cruz quiere ser solo en el mando.

—¡Mala cosa es la envidia!

—Por ella ya le ponen tacha de traidor.

—¿No lo es? Otros lo han sido con mayor renombre.

—¡Lo fué Cabrera!

Gritó el capitán:

—Si es traidor ó leal lo sabremos mañana. En tanto yo seguiré teniéndole por amigo.

## LA GUERRA CARLISTA

Sacó del fuego un pernil de cabra, y comenzó á partirlo sentado á la redonda con algunos soldados. Hizo reparo un mozo de Roncesvalles:

—Aún chorrea la sangre, capitán.

—Crudo te lo comieras.

Afirmó otro soldado:

—Así es más sabroso.

—¿No tenéis vino?

—Yo tengo una pellejuela, capitán.

—Tráela para acá, mutil.

Miquelo Egoscué bebió largo y despacio. Tras él bebieron los otros. Dijo un soldado:

—¡Es puro de uva!

Y el capitán:

—Dejad para otra ronda, muchachos.

Cuando dieron fin de aquel pernil, retiraron otro. Los cien hombres de la partida bebieron y se holgaron en el rústico banquete. El moli-

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

nero de Arguiña comenzó á cantar, y puso en hilera las cabezas degolladas de las siete cabras: Eran de aspecto brujesco bajo el resplandor de la hoguera, con sus ojos lívidos, y sus barbas sangrientas, y sus cuernos infernales. Se oían los tiros de la sal en el fuego. Miquelo Egoscué ofreció vino á un soldado que estaba en su corro:

—Mutil, disponte á cantar.

El soldado se alzó dando un relincho, y plantado en medio de la cueva tiró la boina por alto:

—¡Jujurujú! ¿Quién sale á contender con Pedro Larralde?

Hubo un largo silencio, y luego resonó una voz:

—¡Aquí se encuentra Martín Rojal!

Con los brazos ensangrentados y el torso todavía desnudo, adelantó el mozo que había

## LA GUERRA CARLISTA

desollado las cabras. Gritó animoso el molinero de Arguiña:

—¡Viva el versolari de Albéniz!

Y clamaron otras voces:

—¡Viva el de Astigar!

El de Albéniz salió de la negra humareda, gigantesco y desnudo, y fué á ponerse en la boca de la cueva. El de Astigar le siguió meditando. Era pálido, con grandes barbas negras y los ojos cavados como un monje. Cerró los ojos y empezó á cantar improvisando:

—Señora Reina, rosa blanca,  
De la clara sangre real,  
Señora Reina que hace hilas  
El pañolico de cendal,  
Cuando del pecho me sacaban  
Una bala en el hospital,  
Eran sus manos con anillos  
A sostener mi cabezal.

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Tenia una voz grave. Después de terminar seguía con los ojos cerrados. Cantó el de Albéniz:

—Blancas manos de la Señora:  
Aún más que flor de limonero,  
Más que bellón, más que farina,  
Y el pedrisco del aguacero,  
Más que la boina del Rey Carlos  
Y que la luna en el Enero...  
Blancas manos de Señoría,  
En cada un dedo su lucero.

El versolari de Astigar abrió los ojos, sonriendo vagamente:

—¡Da la mano!

Pero apenas pudo ver la sombra del otro, que saltaba por encima de la hoguera, tendidos los brazos ensangrentados:

—¡Jujurujú!

## LA GUERRA CARLISTA

La luna caía sobre la nieve y entraba en la cueva el resplandor. El capitán dió orden de partir. Se alinearon fuera, bajo el azul nocturno, y las almas tenían el temblor misterioso y luminoso de las estrellas. En la bajada del monte, entre la masa fosca de un pinar, tiembla también una luz. Allí es la venta del camino de Francia.



## XII

Cara de Plata y el contrabandista se calentaban en la cocina de la venta, esperando la hora de media noche para ponerse al camino, bajo la fe del ventero. La monja y la muchacha habían subido al piso alto, donde, tras largo rezo, descabezaban un sueño, juntas las dos en una cama de siete colchones. Se oyó en el camino el paso de un caballo. Luego llamaron á la puerta. El ventero salió soñoliento del pajar, quitó una albarda vieja que servía para cegar

## LA GUERRA CARLISTA

un ventano, y asomando preguntó quién era el caminante. Pero le reconoció al mismo tiempo, y sin respuesta, fué á quitar los tranqueros. Entró el pastor tirando del caballo:

—¡Ave María Purísima!

Atravesó la cocina con el caballo del diestro, y se ocultó por la puerta de los establos. El ventero le seguía con el candil de aceite que descolgara del velador. Quedó la cocina alumbrada por la llama del hogar. Cara de Plata y el contrabandista se hablaron en voz baja:

—¡Me recelo alguna traición!

—Usted, hijo, no conoce á esta gente. ¡Más leales que una onza de oro!

Hizo un gesto el segundón, atizando la lumbre, y á poco volvían el pastor y el ventero:

—¡Pues no van á tener poca escolta las dos señoras, y el mocé!

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

El ventero, que guiñaba los ojos al contrabandista, llenó un vaso de chacolí y lo ofreció al pastor:

—Para echar fuera el friaje.

El otro repuso en voz baja:

—Se agradece la buena voluntad... Se agradece, pero no lo cato...

—¡Es manía!...

El pastor movió la cabeza:

—Es más de la media noche, y ha comenzado el día del viernes. En tal día, todo el año hago ayuno de pan y agua.

El cabrero acercóse á la lumbre, y pidió permiso para sentarse en el escaño donde estaban el contrabandista y Cara de Plata. Le hicieron sitio, y el hermoso segundón le miró de alto á bajo con su mirar arrogante:

—¡El ayuno no reza con los soldados!

## LA GUERRA CARLISTA

Y apuró la taza que mediada de vino tenía sobre el banco. Sólo le quedaba descubierta la frente de marfil y los ojos donde la llama del hogar ponía un relumbre fiero y bello. El contrabandista soplaba para esparcir el humo de su tagarnina: Luego tosió con una tos socarrona y pícara, atisbando de reojo al pastor:

—Es bueno para los ermitaños... Tú, como habitas en el monte con tus cabras, algo tendrás de ermitaño.

—Ni tengo cabras, güelo, ni habito el monte desde agora. También hago mi propósito de ser soldado del Rey Don Carlos... Y firme como el mejor, y sin dejar el ayuno.

Cara de Plata sonrió con desdén:

—Mal haces en pasar hambre si no te sirve para ser humilde, mozo. ¿Sabes tú hasta dónde puede llegar el coraje de un hombre?

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

El pastor tenía las manos cruzadas:

—Yo digo que adonde otro llegue, llegaré con la ayuda de Dios.

Gritó de lejos el ventero:

—¿Y si no te ayuda, Ciro Cernín?

El pastor quedó un momento con la mirada vaga sobre las llamas:

—A morir como es debido, siempre me ayudará.

Y el ventero, que ponía los trancos á la puerta, se detuvo para replicar:

—¡No será sola para ti la santa ayuda! A todos tocará, aun cuando no todos ayunen.

El pastor repuso bajando los ojos y estremeciéndose:

—¡Yo hago mi penitencia para que no me falte!... ¿Pero por qué sois contra mí?

Cara de Plata le interrumpió:

—Las penitencias de los soldados son otras...

## LA GUERRA CARLISTA

Andar caminos cuando hay que andarlos, y pasar hambre cuando no hay pan, y dormir al raso cuando no hay cama. Pero en la hora buena hay que regalarse.

Corearon el contrabandista y el ventero:

—¡Cabal!

—¡Así es!

El pastor movía la cabeza, sentado enfrente del hogar, con las manos en cruz. La niebla de sus ojos era de oro:

—¡Ciro Cernín, no! Ciro Cernín, no!

Cara de Plata le miró con burla:

—¿Y piensas ser en la guerra tan valiente como el primero?

El pastor repuso en voz baja:

—Como el primero.

—¿Como yo?

—¡Lo mismo!

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¿Como el Rey?

—El Rey no acuenta con nosotros.

Cara de Plata se puso en pie, estrellando contra el suelo la taza del vino:

—¡El Rey se cuenta conmigo, que también vengo de reyes!

El pastor le dirigió una mirada clara y bella:

—No maginaba que fueses de nobleza.

El hermoso segundón se alejó, paseando la cocina silencioso y altivo. Luego volvió á sentarse en el escaño, y quedó con la cabeza entre las manos, contemplando el fuego, mientras los otros, en su vieja lengua vascongada, comenzaron á loar las proezas de Miquelo Egoscué. Seguían en el relato de aquellas gestas, cuando los mutilés de la partida invadieron la venta con alegre tumulto. En lo alto de la escalera la monja apareció, sobresaltada:

## LA GUERRA CARLISTA

—¿Qué sucede, Cara de Plata?

—Soldados de los nuestros, tía.

La señora descendió lentamente, y con los ojos buscó al capitán para saludarle. Miquel Egoscué se acercó en compañía del ventero:

—Señora Madre, aquí estamos para lo que mande.

La monja murmuró con una dulzura noble y entera:

—¡Gracias, hijo!

Se apartó el ventero para retirar un gran jarro talavereño, que comenzaba á desbordar roja espuma bajo el odre del chacoli, y la monja y el capitán siguieron hablando:

—Ya estoy al cabo... Su deseo es verse en el Cuartel Real.

—Al lado de la Señora... Poder ayudarla y asistirle en estos momentos que son supremos

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

para ella y para la Causa. Creo que no basta ayudar desde lejos, á todos nos reclama la guerra.

El capitán repitió con energía:

—Sí, á todos.

—Los soldados para dar su sangre; nosotras, las pobres mujeres, para restañarla. Aquí debían estar todas las madres y todas las hermanas. ¿Qué pensará el soldado cuando se muere en un hospital ó en un camino sin tener quien le cierre los ojos?

—Pues pensará que son pocas las mujeres que tienen alma para ver la guerra, y la sangre y la muerte... ¡Y monjas menos, que todas se asustan de la pólvora!

—Yo también me asusto. He sido siempre muy cobarde, y ahora quiero ser valiente... El valor es una virtud tan grande como la humildad, como la caridad, como la pobreza.

## LA GUERRA CARLISTA

Miquelo Egoscué se quitó la boina con arrebato:

—¡Bien por la Madre Isabel!

La monja plegó los labios con malicia, y al mismo tiempo enrojecían sus mejillas pálidas:

—El valor purifica todas las virtudes, y el miedo las tiene soterradas entre escorias. Yo antes no lo sabía, lo aprendí hace poco...

Murmuró el capitán en voz baja, como si estuviese en una iglesia:

—¡El valor es todo!

La monja miró al hermoso segundón que venía hacia ella, y sonrió con melancolía mostrándosele á Miquelo Egoscué:

—¿Ve usted aquel mozo?

—¿El que llaman Cara de Plata?

—Sí... Su padre, que vive en el pecado desde hace muchos años, es mujeriego, despótico,

## EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

turbulento, pero su valor y su caridad son ejemplares... Yo creo que en la hora última se salvará por esas dos virtudes... Como no conoce el miedo, á sus criados y á sus amigos los ayuda en los mayores peligros. Y al que tiene una culpa se la descubre... Así pone miel en muchas heridas, y arranca muchas máscaras.

Cara de Plata estaba en pie, atento, con los ojos luminosos y una sonrisa atrevida:

—Sin las virtudes de mi padre, los hijos seríamos bandidos. Pero algo se hereda. El valor y la caridad son los fundamentos de una raza. En otro tiempo hubo órdenes religiosas que entre sus votos tenían el de la valentía, como el primero. ¡Eso, al menos dicen las historias de los Caballeros Templarios!

La monja le reparó hondamente:

—Cuenta primero la Fe.

## LA GUERRA CARLISTA

---

Y subió al piso alto para despertar á Eladia.  
La pobre niña sorda seguía durmiendo á pesar  
del tumulto que alzaban aquellas cien boinas  
rojas.



## XIII

Se oyó la voz de la abuela y el canto de los gallos. Una moza soñolienta recorrió la cortina de estameña verde, que resguardaba el camastro donde la vieja descansaba con el gato á los pies. La Mai Cruz se incorporó en el cabezal, dando un suspiro:

—¡Ay, mis huesos, viejines!

Llamó á un soldado, sacando de entre las cobijas una mano consunta. El soldado se llegó al camastro, y la vieja, con un dedo, le apuntó